

Año sacerdotal y alma sacerdotal Rebeca Reynaud

En el Año sacerdotal convocado por Benedicto XVI con ocasión del 150º aniversario de la muerte de San Juan María Vianney, el Cura Ars, consideramos una realidad esencial: todos, sacerdotes y laicos, tenemos alma sacerdotal. El alma sacerdotal se manifiesta en el deseo de obrar con visión sobrenatural y por amor, con deseo de servir. El adjetivo “sacerdotal” expresa que se quiere ofrecer sacrificios a Dios en su honor y para bien de los demás, pues la caridad es vida del alma.

San Juan María Vianney, el Cura Ars decía: “San Bernardo asegura que todo nos viene por María; se puede decir también que todo nos viene por el sacerdote: sí, todas las felicidades, todas las gracias, todos los dones celestes. Si no tuviésemos el sacramento del orden sacerdotal, no tendríamos a Nuestro Señor. ¿Quién le ha puesto ahí, en ese tabernáculo? El sacerdote. ¿Quién ha recibido el alma en su entrada a la vida? El sacerdote. ¿Quién la alimenta para darle la fuerza para hacer su peregrinación de la vida? El sacerdote. ¿Quién la preparará para presentarse ante Dios, lavando esta alma, por última vez, en la sangre de Jesucristo? El sacerdote. ¿Y si esta alma va a morir por el pecado, quién la resucitará?, ¿quién le devolverá la calma y la paz? Otra vez el sacerdote. No os podéis acordar de una buena obra de Dios, sin encontrar al lado de este recuerdo a un sacerdote.

Id a confesaros a la Santa Virgen o a un ángel: ¿os absolverán? No. ¿Os darán el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor? No. La Santa Virgen no puede hacer descender a su divino Hijo en la hostia. Podría haber doscientos ángeles ahí, que no podrían absolverle. Un simple sacerdote puede hacerlo; puede deciros: Vete en paz, te perdono. Oh, ¡qué grande es el sacerdote!”. (**Fuente:** *Orar con el Cura de Ars*, José Pedro Manglano C, pto. No. 2 del capítulo 4. (2.4).

En una alocución al Seminario Lombardo de Roma, Paulo VI decía: “ La Iglesia se encuentra en una hora inquieta de autocrítica, o mejor, de autodemolición”. En un famoso discurso pronunciado el 30 de junio de 1972 dijo que por una rendija se ha introducido “el humo de Satanás en el templo de Dios”. ¿Qué nos toca a los cristianos, laicos y sacerdotes? Defender a la Iglesia , consolidarla con nuestra vida de fe. Eso es lo que quiere el Papa en este año: que todos ofrezcamos muchas cosas cada día por los sacerdotes de todo el mundo.

Alma sacerdotal

Por el sacerdocio ministerial, los sacerdotes con configurados con Cristo y actúan en los Sacramentos en la persona de Cristo cabeza de la Iglesia. El orden sagrado está al servicio del sacerdocio común de los fieles. Tener alma sacerdotal significa tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo (Flp 2,5). Implica tener un hondo sentido de reparación, que lleva a la penitencia y a la generosidad. Cuando San Pablo incita a los filipenses a tener los mismos sentimientos de Cristo, se refiere a su modo de pensar, de meditar, de proyectarse en el futuro. Tener los sentimientos de Jesús es aceptar el misterio de la Cruz y participar en este misterio.

Jesucristo, sacerdote eterno, se ofrece a sí mismo por amor a su Padre para nuestra salvación. Nos da el máximo ejemplo de lo que es el alma sacerdotal. Tener los mismos sentimientos que Jesús es compartir la vida con Él, compartir sus intenciones. Cada uno, en la Iglesia , comparte

con los demás bautizados lo que Cristo lleva en el corazón. El Santo Cura de Ars decía que “el sacerdocio es el amor del corazón de Jesús” (CEC, n. 1589). Se podría aplicar esa expresión al alma sacerdotal. Si se ama al Señor, se comparten sus sentimientos y su afán de almas. La fidelidad de Cristo a su misión pide nuestra respuesta de fidelidad. Jesús da testimonio del amor irreversible de Dios Padre, que espera nuestra libre entrega personal.

Jesús dio ejemplo de dirigirse a Dios como Padre, era costumbre suya, carácter central del mandamiento de amor a Dios y al prójimo. El alma sacerdotal es el alma que piensa en los demás, se entrega, se sacrifica gustosamente. Es el alma de criterio; piensa las cosas en la presencia de Dios; encuentra la felicidad en el don de sí.

Jesús envía al Espíritu Santo para vivificar a sus amigos y a la multitud. Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio Espíritu de vida. Lo hace de modo eminente desde la Cruz : entregó su espíritu y su corazón fue traspasado. Quiso coronar su hora con la Cruz , que fue su trono. La entrega que Dios le pide al cristiano es la que viene de la Cruz y de la Eucaristía. Es total por el amor, no por la acumulación de preceptos y reglas. El Amor es la identidad misma de Dios.

Dios nos ha creado con predisposición a lo sobrenatural. Cuando se dice que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,27), se está refiriendo fundamentalmente a la llamada a la santidad que tiene todo hombre. En el laico, el alma sacerdotal va unida a la mentalidad laical, que deja a la verdad iluminar nuestra conciencia, y nos impulsa a ejercitar nuestra libertad como ciudadanos de la ciudad de Dios y de la ciudad de los hombres.

Tener **alma sacerdotal** es vivir según el espíritu, no según la carne; los que vine según el espíritu son los que tienen alma sacerdotal. Escribe San Pablo: “Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (que estamos esperando la manifestación de los hijos de Dios).”

La **mentalidad laical** es saber estar en el mundo sin ser mundanos, es saber disfrutar de las cosas buenas y nobles que da el mundo. Es comprometerse con lo que se comprometen las personas valiosas. Es pasar oculto y ver esto como muestra de predilección. La vida cristiana consiste en hacer todo con Jesús; rezar, discurrir, amar, trabajar, caminar, descansar, divertirse... Los disgustos, enfermedades, contradicciones, dolores... sin incorporarlos a Cristo, carecen de valor. “No te llames pobre teniéndome a mí”, podría decirnos el Señor.

Escribe Peñalosa: “En la negrura del mundo hay millones de almas creciendo en la noche, silenciosas y humildes, constructoras y ardientes. No gritan, pero aman. No son ilustres, pero están vivas: No salen en los periódicos, pero ellas sostienen al mundo. Hay en todo lo ancho del planeta millones de flores que nunca verá nadie, que crecerán y morirán sin haber “servido” para nada, pero que estarán orgullosas por el simple hecho de vivir y de haber sido hermosas. Porque, como dijo –hablando de las rosas- un poeta” qué importa morir, cuando se ha sido ¡y tanto!”.